
VIAJES DIPLOMÁTICOS DE IGNATIEFF.

La cuestion de Oriente, que tantas amenazas de guerra entrañaba, parece tomar un aspecto pacífico, gracias al carácter de nuestro siglo y al progreso de nuestras costumbres. En otro tiempo, rivalidades tales como las rivalidades entre Rusia é Inglaterra; enconos como el encono entre la raza eslava y el Imperio turco; sublevaciones como la sublevacion de Sérvia, y triunfos como el triunfo de Montenegro, hubieran traído una guerra universal en los continentes y en los mares. El siglo décimooctavo no está muy léjos de nosotros; y á pesar de lo mucho que habia adelantado el espíritu público, y de la influencia que tomaba la filosofía sobre la política, resultaba á cada paso una guerra, por el reparto de Polonia, por la toma de Silesia, por la anexion de Baviera al Austria, por la supremacía de las provincias del Báltico, por la conquista de Crimea, por la ambicion

de los reyes y su anhelo á extender y dilatar sus territorios. La guerra se reduce ahora á un conflicto entre Rusia é Inglaterra, y debemos registrar esto como un gran adelanto. Desde luégo, el espectáculo que ofrece Turquía pasando del régimen absoluto al régimen constitucional debe causarnos extrañeza y maravilla. ¡ Cuántas revoluciones en Inglaterra para traer esa combinacion de los poderes públicos! ¡ Qué catástrofes tan tremendas las catástrofes de Francia en el tránsito de un régimen á otro régimen! Nosotros mismos y los italianos hemos sufrido medio siglo de convulsiones y de guerras. Prusia y Austria, la conquista, la revolucion, trances de muerte. Y Turquía deja tras sí el régimen más absoluto que ha conocido Europa, entra en su opuesto, y no se conmueve ni se agita. Las elecciones, tan ruidosas en todos los pueblos, se han distinguido allí por su frialdad y por su silencio. Cuestiones religiosas, cuestiones territoriales, cuestiones de raza y de sangre, cuestiones económicas, cuestiones constituyentes, han podido pasar sobre ese imperio sin conmoverlo, como pasa sobre un cadáver el fuego. Para los espíritus superficiales todo esto aparece como señal de vida y aún de robustez en la vida. Para nosotros queda semejante enseñanza como una prueba más de la irremediable decadencia de Turquía. Lo pasado tiene allí tan

pocas raíces, que no resiste; y lo porvenir tan poca esperanza, que no combate. Los vientos de las ideas pasan sobre esa tierra como sobre un mar de plomo. Lo único que hemos sabido de sus elecciones y de sus juntas puede reducirse á esto: á que los hábiles griegos, teniendo mayoría de electores en Constantinopla, tendrán minoría de diputados. Cierta turcófilo propone en uno de los periódicos más respetados y respetables de Europa extraña confederacion entre las cualidades culminantes de las diversas razas reunidas en el Imperio turco. Que los otomanos, sin rival en el mando y en la disciplina, se encarguen del poder; que los armenios, grandes calculadores, de la Hacienda; que los griegos, hábiles y finos como sus padres, de la política. Pero los turcos, al encargarse del poder, se encargan de la parte del leon, y por ende piden para sí toda la presa.

Personas imparciales, que no tienen supersticion por los eslavos, ni supersticion por los turcos, y que miran los sucesos como son realmente en sí, huyendo de engranarlos en los planes y en los sistemas *à priori*, confiesan que la Constitucion del Imperio no ha cambiado gran cosa su vida y su naturaleza. El jóven Sultan continúa encerrado en su serrallo, dándose al goce de tantos placeres como en naturalezas jóvenes han de despertar por necesidad las gracias y seducciones

acumuladas en aquellos templos del sensualismo. Los gobernadores de las provincias continúan tan despóticos y arbitrarios como ántes, nombrando representantes para el Congreso, cual si nombráran empleados del Imperio. La ausencia de Midhat-Bajá, el único que habia manifestado elevacion de ánimo y energía de carácter, da á todas esas reformas, separadas de su principal iniciador, cierto carácter de farsa oriental, que no puede engañar á nadie. El Imperio turco aparece más enfermo cuanto más se empeñan sus innumerables partidarios en darle falsas apariencias de robustez y de salud.

Así el Montenegro se aprovecha de esta debilidad para obtener las mayores ventajas posibles y dificultar la paz interior de Turquía. Los hombres de la Montaña Negra se asfixian allá en sus desfiladeros y piden libre navegacion por el Boyana, y un puerto en el Adriático. Asistia á la primera conferencia, donde han presentado estas proposiciones, el vencido general turco, que no ha necesitado de muchos esfuerzos para demostrar cuán fácilmente, á pesar de su derrota, hubiera dado razon de los montenegrinos, á no haber intervenido el armisticio. Pero nadie sigue con verdadero interes tales negociaciones, porque todos saben dónde está su verdadera solucion. El Montenegro es una especie de agente diplomático ruso, que

alarga la terminacion completa de la paz, por si á Rusia le conviniera declarar al fin y al cabo la guerra. Pero tantos plazos, armisticios, aplazamientos, conferencias, viajes diplomáticos, protocolos, proposiciones y contra-proposiciones arruinan á Turquía, obligándola á tener en pié de guerra un ejército muy superior á sus fuerzas y sus recursos. En el estado de su Tesoro, con la bancarota por todo refugio, el hambre en muchas regiones, los bandoleros en auge, los terrenos en el abandono más completo, las pasiones sobreexcitadas, no hay más remedio que ir pronto á la paz ó á la guerra, pues el actual estado no puede durar de ninguna manera sin que traiga precisa y necesariamente la muerte.

La cuestion de Oriente, con todos sus problemas y todas sus incidencias, se encuentra en los viajes del general Ignatieff, viajes diplomáticos, que han tenido una inmensa importancia. Primero se ha presentado en Berlin, donde no puede haber encontrado de muy buen humor al canciller aleman. Su Parlamento del Imperio se le subleva por completo. Deseaba trasladar á Berlin el Tribunal Supremo, que se encuentra en Leipzig. Pero los representantes de las diversas córtes alemanas se han sublevado contra esta desmedida pretension centralizadora, y se han negado á sancionarla. Con tal motivo, discursos en el Par-

lamento y artículos en los periódicos. Los discursos, que muestran resentimientos bien profundos, han amenazado con una alteración del código fundamental, encaminada á dar al Emperador de Alemania el predominio necesario sobre sus inquietos vasallos. Los artículos, ménos sujetos al yugo de las conveniencias, y mucho más explícitos, han mostrado que Alemania no es todavía aquella nación común, por la cual han suspirado tantos genios; aquella querida patria única, por la cual han muerto tantos mártires, sino la triste confederación feudal de los antiguos tiranos, que la tuvieron esclavizada tanto tiempo y la entregaron por sus rivalidades y por sus odios á merced del extranjero. A estas dificultades se ha unido un discurso del diputado por Metz, protestando contra la anexión de Alsacia y Lorena, inmensa falta política, de inmensas consecuencias para lo porvenir. Dos hechos perturban á Europa, ha dicho: el problema de Oriente y la anexión de la Alsacia y la Lorena. Metz ha caído en la mayor ruina. Sus propiedades urbanas, que valían setenta y dos millones de francos, no valen hoy cuarenta. En cambio, las quiebras crecen con una progresión espantosa. Y á medida que baja la propiedad y suben las quiebras, se agravan los tributos, pagados por la mitad no más de la población, pues todos los ciudadanos emigran. «De-

volved la Alsacia y la Lorena á sí mismas», ha gritado en medio del asombro de una Asamblea que ha sabido prestar el homenaje de su atención á esta voz angustiosa, pero sublime, de la justicia y del derecho. Yo he creído siempre que Alemania tuvo razón contra Francia oponiéndose á que esta nación se mezclara en sus asuntos interiores. Pero creo también que Alemania extremó su derecho y cometió una verdadera falta política al anexionarse la Alsacia y la Lorena. Todas estas dificultades, unidas al lastimoso estado económico presente, habrán sido parte á que el Canciller aconseje la paz, porque la guerra oriental, suscitando problemas infinitos, traería consigo infinitas dificultades. Nadie puede presumir que sería de Alemania si el Austria se viese empeñada en la guerra, y los eslavos desataran contra los germanos sus antiguas iras históricas, que hace siglos preparan y acarician una sangrienta venganza.

Desde Berlín el general se encaminó á París.

Aquí sus conferencias han sido numerosas, y sus palabras dobles. Mientras á uno de los más importantes periodistas de París le decía que estaba resuelto á imponer duras condiciones á los turcos, decíale á otro, importante también, de Londres, que estaba resuelto á una inteligencia con Inglaterra. Sin duda alguna el General ha

querido saber si podia contar con una alianza francesa para el caso de una ruptura con Alemania. Mas por mucho que Francia desee su desquite, no puede comprarlo á costa de una disminucion de nuestro Occidente, inevitable si predomina la tutela rusa en Oriente. Así es que el General habrá encontrado en Francia palabras de paz y de concordia, como conviene á un pueblo que no puede comprometer su rápida interior reposicion política en aventuras dañosas á la paz del mundo. Francia, señora de sí misma, gobernada por una Asamblea nacida del sufragio universal, con República y con moderacion en la República, pendiente de maravillosa Exposicion universal, que ha de reunir todos los pueblos bajo el techo de su nacionalidad, es hoy seguro instrumento del progreso pacífico y de la paz universal. Por consiguiente, no hay que contar con ella en una obra de perturbacion y de guerra. Así es que, al llegar á París, han cambiado por todo extremo las disposiciones hostiles del General, y han venido á someterse sus bélicos deseos á un decoroso arreglo, que por algun tiempo asegure la paz del mundo. Las potencias registrarán y protocolizarán todas las promesas de Turquía respecto á los pueblos cristianos. Despues que las hayan registrado, le darán un plazo para cumplirlas. En esta cuestion del plazo habia grandes divergencias.

Miéntras Inglaterra queria un año, Rusia queria tres meses. Por fin, parece que el plazo, no habiendo podido ponerse de acuerdo, se ha dejado en una indeterminacion completa.

Mas yo digo que semejante proceder nos deja en una terrible situacion. Exigirle á un Gobierno que reforme en seis semanas, ó en seis meses, ó en seis años, país tan probado por largos siglos de absolutismo como Turquía, nos parece cosa de un candor verdaderamente inverosímil tratándose de viejos diplomáticos y de estadistas tan experimentados como los que hoy dirigen los negocios de Rusia y de Inglaterra. Un grave conflicto guerrero no daña tanto por sí mismo como por la perturbacion y el desórden que lleva necesariamente á todos los negocios, y por la parálisis y el estancamiento que trae á todas las transacciones. Si Europa ha de pender de las interpretaciones que den á las reformas turcas, así los interesados en promover la guerra, como los interesados en continuar la paz, pareceríame preferible una determinacion decisiva á una indecision é incertidumbre verdaderamente mortales. No lo olvide, sobre todo, la Rusia. Su estado financiero prospera más cada dia. En su presupuesto hay un excedente de catorce millones de rublos. Su comercio exterior, que era de setecientos doce millones de rublos en 1873, se ha elevado á ocho-

cientos cuatro millones de rublos en 1874, ó sea doce mil millones de reales. Su deuda no sube á la tercera parte que la deuda francesa. Por consiguiente, su estado económico acusa una gran prosperidad, que debe acrecentarse cuando el trabajo libre haya dado todas sus naturales consecuencias, y la emancipacion de los siervos todos sus sazonados frutos. Rusia atraviesa una profunda crisis. Tiene que dar muchas garantías á la propiedad y al trabajo en este tránsito de un estado social á otro estado social, del estado de servidumbre al estado de libertad. Tiene que indemnizar á multitud de propietarios, obligados á ceder una parte de sus tierras á los siervos. Tiene que perfeccionar sus líneas de ferro-carriles y concluir su armamento nacional. En situacion como ésta, en condiciones tales, en crisis tan grave, la guerra puede destruirlo todo; la guerra, que sustituye al progreso pacífico los sacudimientos violentísimos, y en la cual no podemos acertar qué cosa sea peor, si la derrota ó la victoria. Prusia es victoriosa, todo le sonríe, y, sin embargo, ¡cuánto la ha empobrecido su victoria! Que aprenda el pueblo ruso en ese ejemplo, y no comprometa su recomposicion interior en una aventura guerrera, á cuyo término pudiera sobrevenir una irreparable catástrofe.

En la cuestion de Oriente hay dos cuestiones,

que ni pueden ni deben, por manera alguna, involucrarse; hay la cuestion de reformas necesarias para los pueblos cristianos, y la cuestion del predominio moscovita. Si de apaciguar á esos pueblos cristianos se tratára por el respeto á su propiedad y á sus libertades; por la concesion de esas garantías, sin las cuales no tiene precio alguno la vida; por una autonomía política y administrativa, que les diese la direccion necesaria en todos sus asuntos, no podria haber más que una voz en Europa, porque el derecho no cambia segun los climas y las nacionalidades; el derecho no se altera ni por el tiempo ni por el espacio; es ingénito á la misma naturaleza del hombre y consustancial á su misteriosa esencia. Queremos que razas tan ilustres como las razas greco-eslavas no sufran absolutismo tan absurdo como el absolutismo turco. Pero por lo mismo que todo esto queremos, rechazamos indignados que poderes autocráticos quieran constituirse en tutores de pueblos bastante desgraciados para no poder salir de una servidumbre sin caer en otra más larga y más hipócrita. Si la propia autoridad de Turquía, si su constitucion, que nos parece á nosotros mismos falaz é ilusoria, no bastan á dar garantías á los pueblos opresos, que todas las potencias intervengan; pues no puede guardarse el derecho de gentes á favor de aquellos que no res-

petan otro más alto y más sagrado: el derecho de la humanidad. Si Rusia quiere verdaderamente la emancipacion de los pueblos cristianos, preferirá la accion comun de las potencias, por más segura y más firme, al incierto éxito de una guerra. Así nosotros, desde el principio de esta crisis, hemos sostenido, como constante criterio de nuestra política y norma de nuestros juicios, que no se dejára exclusivamente á Rusia la representacion de derechos tan respetables como los derechos de los pueblos cristianos á su libertad y á su autonomía. Esta consideracion no se ha perdido en lo vacío, porque Inglaterra ha llevado ya su asentimiento á un programa de reformas que los turcos deberán realizar, y cuya realizacion podrán exigir los pueblos cristianos. Que sean oídos estos votos por la libertad y por el derecho. Y que, realizándose, nos eviten al mismo tiempo presenciarse un espectáculo horrible: el espectáculo de una guerra que pudiera dañar á la causa de la libertad y de la civilizacion general en esta nuestra Europa.

Es necesario evitar á toda costa una reaccion vergonzosa, en la cual se puede caer por la falta y por la vacilacion de un solo día, y de la cual no se puede luégo salir tan fácilmente. Si estudiáis gran parte de las revoluciones, veréis que una concesion hecha á tiempo quizá las hubiera

evitado todas, y que resistencias inoportunas é inconsideradas las han recrudecido y exacerbado tristemente. El Senado frances, que debia preciararse de Cámara conservadora, se empeña en aparecer Cámara resistente y reaccionaria. Pues no lo olviden los ilustres senadores; esas cámaras reaccionarias son los agentes más seguros y más eficaces de todas las revoluciones. Hallábanse frente á frente dos candidatos; uno republicano moderado, Mr. André, y otro bonapartista, monsieur de Lome. Aquél queria el régimen vigente, y éste la aventura de lo desconocido y de lo imprevisto; aquél, los progresos legales, y éste, las reacciones violentas; aquél, la legalidad en vigor, y éste, los golpes de Estado en perspectiva; aquél, un gobierno que ha redimido á Francia, y éste, un gobierno que la ha entregado, atada de piés y manos, á la irrupcion extranjera. Parecia natural que entre dos programas tan diversos optase la Cámara por el más conservador, que es tambien el más republicano. Pues no; monstruosa coalicion ha preferido un candidato del Imperio á un candidato de la República, lo desconocido á lo conocido, lo incierto á lo legal, lo reaccionario á lo conservador. Y en esa coalicion abigarrada acaban de entrar desde los orleanistas, aquellos enemigos implacables del Imperio por sus repugnancias al régimen republicano, hasta los consti-